

A mi tía abuela, Elvira

Es una historia triste la que voy a narrar, sucedió en los primeros años del siglo XX.

Todo comenzó en el cortijo de Bonilla, situado al oeste de Los Villares, a unos tres kilómetros aproximadamente de esta hermosa ciudad, allí vivía una joven y lozana mujer que se llamaba Elvira.

Por el mes de octubre, cuando el otoño es agradable debido a que los sofocos del verano comienzan su letargo y en el pueblo se festejan nuestras queridas fiestas patronales de la Virgen del Rosario. Elvira le dice a su padre que lo quiere acompañar a la feria subida en su yegua, llamada, "La Española". Juan, que así se llamaba el padre, era de aspecto un poco serio y le contesta que es él el que debería preguntar, Elvira baja la mirada con sigilo, piensa que la feria para otra vez será. Entonces su padre le dice, con gesto afirmativo que no ponga cara de duelo y que se vaya a arreglar, que subida a la grupa de "La Española", orgulloso lo iba a llevar.

Elvira se engalana con el traje que se hizo para un día de fiesta estrenar, subida en su yegua, su belleza la hace resaltar. Cuando por "La Priscalea" van y cerca del pueblo están, le dice a su padre que se quiere bajar e ir andando hasta la Fuente, éste le contesta que irá subida hasta llegar. Se ciñe el mantón de manila a su talle para lucir hermosa y con esa rosa blanca que lleva prendida en sus hermosos cabellos negros hace que todos los mozos se paren a contemplarla.

José, un apuesto joven del pueblo, se queda sorprendido al observar tanta hermosura de la cortijera de Bonilla, las miradas se cruzan en una sonrisa esquivada y en el rostro florece esa llama que se aviva cuando empieza esta atracción de sentirse enamorada.

Después de algunos días, Elvira clama al cielo y baja su mirada, aspirando la brisa junto al último rayo de sol que las montañas atrapa. En la era una silueta la deslumbra, es José quien le espera junto al olivar. Juan que enseguida se da cuenta, se presenta ante ellos, mandando a Elvira para el cortijo, ella obedece con la

cabeza cabizbaja y lágrimas en los ojos. La almohada es su consuelo, junto a esa luna llena que entra por la ventana para hacerle una compañía más grata.

Juan, muy de mañana, le dice a Elvira, que tiene cara triste y le pregunta que le pasa, ella suelta un suspiro que le sale del alma, apenas sin mirarle dice que no le pasa nada. El padre contesta que si no será el mozo José el que te tiene con esa cara, tu madre, en su día, por mi igual que tú estaba. Siéntete afortunada le he dado permiso para verte y que pueda venir a casa. A Elvira se le ilumina la cara y con sigilo lo abraza dándole las gracias.

El tiempo pasó deprisa y la boda se aproximaba. Fue una ceremonia humilde, sencilla pero no faltó de nada, el amor era lo que predominaba. Elvira irradiaba esplendor y frescura que a José cautivaba, tras esos sueños que los dos aguardaban. Pasaron pocos meses, ella quedó embarazada, cada día que pasaba más enamorados estaban, tenían una vida llena de sueños e ilusiones por compartir, lo más esencial de todo era ese amor mutuo y correspondido que se brindaban cada día que pasaba.

Una tarde de crudo y frío invierno, donde las horas de sol son efímeras, el retoño nacido de esa fuente de amor, en el regazo de Elvira empieza a palidecer, con un grito desgarrador llama a su amado José, la fatalidad les ha acechado, no hay nada que se pueda hacer, y el bebé muere. Están destrozados se sumen en un profundo dolor donde no existe el consuelo, solo les queda esa llama de amor que aviva dentro de su corazón.

No tarda mucho tiempo en estar de nuevo embarazada, José la mira y le dice que será el nuevo fruto de nuestro amor, que permanece tan puro y pulcro, vendrá a traer esperanza y alegría, sin dejar que nuestro primer hijo deje de ocupar ese bello recuerdo, que nos acompañará cada día en el mejor rincón de nuestras almas.

Una mañana de primavera, en la que el sol se engalana sin nubes para lucir radiante, Elvira da a luz a su hija, José la toma entre sus brazos, no sabe si reír o llorar, ella le dice que no se ponga triste que estas dos mujeres te dejaremos sin

sueño. La pequeña Elvira crecía llena de luz y satisfacción, eran una familia con unos valores y principios, con ese aroma que se percibe donde existe el amor.

Estalla la guerra civil en España, José se marcha al frente con un profundo dolor sin nada de esperanza, es como si supiera que la tragedia les aguarda. Elvira no quiere flaquear y le alegra su terrible marcha, no debes dejar que te atrapen, sabes que tu hija y yo te esperaremos. Son pocas las noticias las que ella recibe porque la guerra se hace pesada, destructiva y larga.

Una tarde en que el aire amenazaba tormenta, el cielo estaba cubierto de unos nublos grises y aterradores, la pequeña Elvira palideció de repente, se queda como una rosa de porcelana, pálida, desprendiendo ese aroma de la niñez, queda inerte en el regazo de su madre que clama al cielo, donde no hay nada más que oscuridad, truenos, relámpagos y amenaza. Tiene la mirada perdida, su esperanza aturdida, la moza que fue lozana está toda marchita.

Un día muy de mañana, su padre le trae la buena noticia de que la guerra se acaba, ella solo suspira con los ojos llenos de lágrimas, no encuentra lógica ni justificación a estas pérdidas que le han arrebatado de lo más profundo de sus entrañas. No sabe nada de su amado José, solo existe dolor donde no hay respuesta. Cuando el cartero le trae una carta, Elvira se aferra a ella con un profundo suspiro, las manos le tiemblan al abrirla debido que no sabe que noticia aguarda. Su marido ha sobrevivido, se encuentra prisionero en la cárcel de Jaén, con los ojos llenos de lágrimas siente la necesidad de ir a verlo ya que es la única ráfaga de esperanza que le queda.

Le dice a su padre que la lleve a la cárcel en la grupa de "La Española" y éste contesta que saldrán al amanecer. Elvira no duerme esa noche, pensando en que va a encontrarse después de tanto tiempo con su amado José y se atormenta porque no sabe cómo le va a decir que la pequeña Elvira ya se fue. Antes de que el gallo de su primer canto, ya estaba subida en la yegua, ansiando el momento del encuentro con su esposo. El semblante de Elvira era de un dolor agonizante frente a toda esa tragedia vivida, en ese lugar tan sombrío y cruel donde se encontraba su amado, allí sobraron todas las palabras. La fuerza del profundo sentimiento de ambos hicieron

que recobrarán vida a una esperaza corta y efímera. Elvira saca fuerzas de su flaqueza y con un poco más de aliento se despide de José.

Toma a su padre del brazo y aferrándose a él le dice que la tormenta parece que ha amainado, todo está hecho jirones pero me siento con fuerzas para poder seguir adelante con lo que la vida me traiga. Los ojos de Elvira cobran un poco de luz que su padre puede percibir y le dice que tú harás que cicatricen tantas heridas y serás de nuevo feliz. Sintiéndose un poco más fuerte ante tanta adversidad vivida, sube a la grupa de “La Española”. Llegando al “Portichuelo” se cruzan con un camión, su motor es de un ruido exagerado con lo que la yegua se asusta, Elvira cae y queda inerte en el asfalto de la carretera, en sus ojos se refleja el brillo de ese nuevo amanecer que nunca llegará. “La Española” relincha desesperada, Juan clama al cielo y con un hilo de voz le dice al animal, la guerra ya terminó que fue lo que te dio miedo y tanto te espanta.

Categoría Adultos
Seudónimo Alhucema